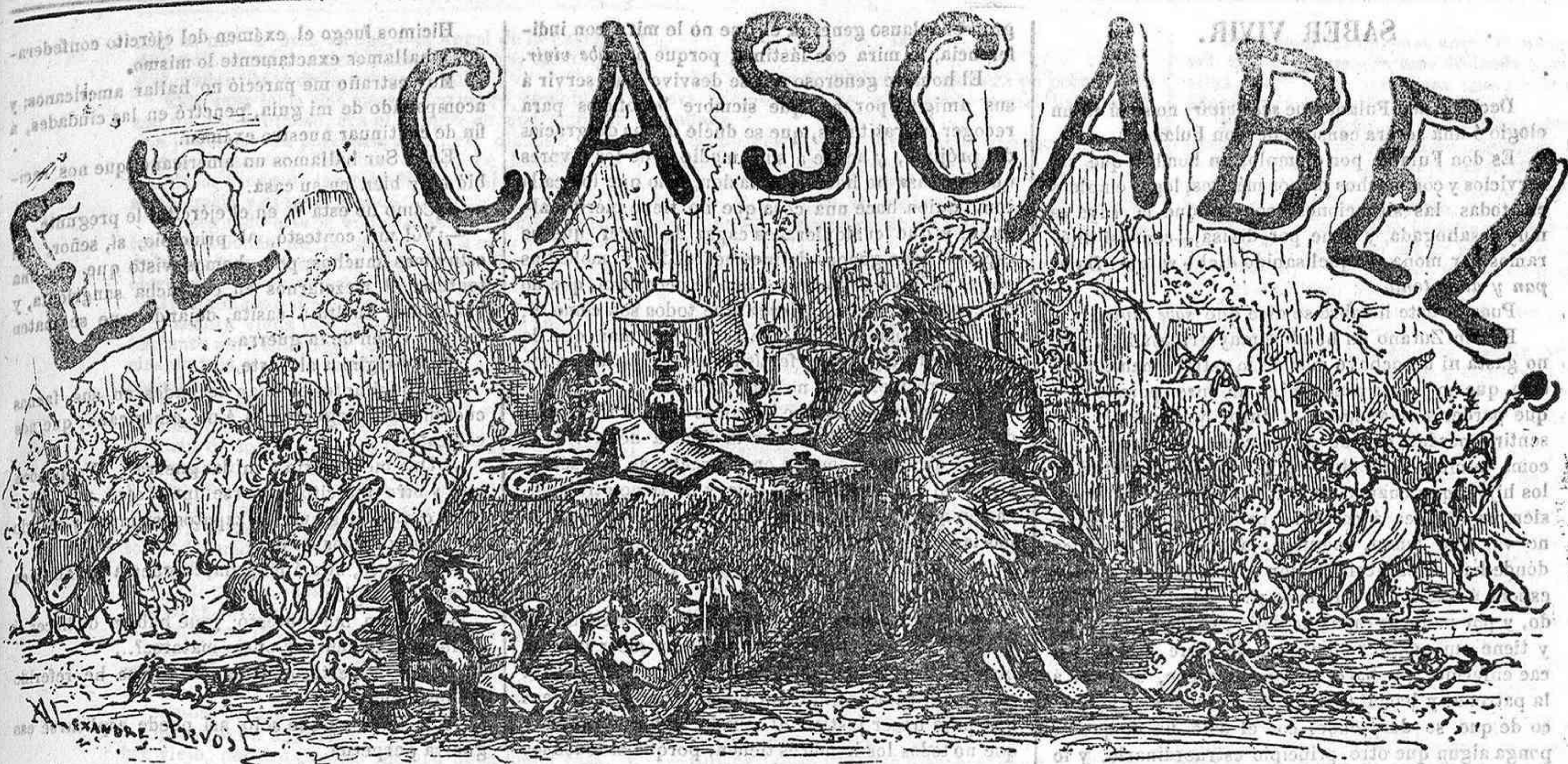




El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

EL 10 POR 100.

Hablo francamente, señores, quisiera ser gobierno... ¿saben VV. para qué?... para imponer contribuciones!

Los gobiernos en España han sido siempre muy parcos en esto de imponer contribuciones, y los gobernados nos hemos acostumbrado mal con esta benignidad de los gobiernos, y en cuanto alguno de estos establece un impuestillo ó contribucioncilla de mala muerte, ya estamos gritando, ó por lo menos murmurando, que no es lo mismo.

Y es que no nos hacemos cargo de las necesidades de los gobiernos, que son las mismísimas nuestras, porque lo que el gobierno nos toma por un lado por otro nos lo dá; lo malo es que directamente tome lo que nos pide, y tan indirectamente nos lo devuelva.

Por de contado que se queda corto.—Gobierno había de ser este servidor de VV. para que vieran VV. lo que era bueno.

Sabido es, amados leyentes y oyentes míos, que el dinero es la primera, primerísima causa de la perdición de los hombres, y no digo nada de las mujeres!

Y bajo este punto de vista, ¿qué favor mayor puede hacerse á la humanidad, doliente ó sana, que dejarla sin un cuarto?...

El dinero, mas que una necesidad, es un vicio, una costumbre, porque sin dinero estuvieron nuestros primeros padres, que no me parece que les quedó cesantía ni jubilación, cuando fueron espulsados del Paraíso, y hasta mucho después no inventó la malicia de los hombres eso del dinero, del que desde la mala partida de Judas hasta el presente, el que mas se aprovecha no es otro que el mismísimo demonio, que, como instrumento principal de sus iníquos planes contra los hombres, usa, ó mejor dicho, abusa del dinero.

Sentado, pues, el principio de que el dinero es perjudicial, ¿qué mas queremos para nuestro bien que la ocasión, ó las ocasiones de quedarnos sin él?...

Y en muchísimas ocasiones, el mismo benéfico efecto puede hacernos el miedo á quedarnos sin dinero, que la realidad de quedarnos sin él.

Por eso, el impuesto que se acaba de establecer sobre el precio de los asientos en los ferro-carriles

es una obra de caridad, que nunca se le agradecerá bastante al ministro que la inventó, y gracias á ella, han de evitarse muchísimas desgracias.

Las empresas de ferro-carriles han modificado ya sus tarifas, endosando al viajero el impuesto que les ha impuesto el gobierno.

Y las empresas tienen razon; el impuesto se ha establecido sobre el precio de los asientos, y como estos los ocupan los viajeros, y no la empresa, justo es que aquellos paguen ese y todos los impuestos que se establezcan en lo sucesivo, porque el cobrar, como el querer, el rascar y el comer, todo es empezar.

Pues, como decía, sucede que un marido quiere en verano darse una vuelta por ahí, como acostumbra todos los años.... Compra el *Indicador de los ferro-carriles* para enterarse de los precios, horas de salida, etc., etc.,—y como tenemos los españoles este afán de hacer la oposicion á toda medida útil y benéfica, se revuelve contra el equitativo impuesto del 10 por 100, y aunque no sea mas que por dar 20 ó 30 ó mas reales al gobierno, desiste de su viaje, con lo cual dá una grandísima satisfacción á su mujer, que no quiere estar lejos de su marido, y se evita gastar muchísimo dinero, y ¿quién sabe si estrellarse ó romperse cualquiera cosa por esos caminos?...

Una familia, que sale todos los años, viajaba siempre en 1.^a clase,—lo que es un lujo y una vanidad censurables;—pero este año, como la familia se compone de la madre, el padre, la suegra y cinco hijos como seis demonios, y un perro, y el impuesto sobre el precio de los asientos es un aumento considerabilísimo, del gasto que ha de hacer el pobre padre, se hace el viaje en 2.^a clase,—que lo mismo llega al término del camino la 2.^a que la 1.^a,—y todos los individuos de la familia, incluso el perro, empiezan con este viaje en 2.^a á apreciar las ventajas de la modestia, y lo poco convenientes que son el lujo y la vanidad, que tan fatales consecuencias pueden producir.

Pues lo mismo sucede, desde que se ha establecido ese paternal impuesto, con los que viajaban antes en 2.^a clase; ahora van en 3.^a, que lo mismo arrastra la locomotora los coches de 3.^a que los de 1.^a y 2.^a, y además aquellos son para este tiempo en que estamos mucho mas frescos, y con sus asientos de madera y sus incomodidades de todo género, sirven de mortificación al viajero, que puede supe-

nerse que es un hombre pecador, que merece todo género de mortificaciones.

Los que antes viajaban en 3.^a por no permitirles mas escasez de sus recursos, viajan ahora mucho mas barato; echan á andar detrás del tren, descansan cuando quieren, y llegan cuando pueden, y hacen ejercicio, que es lo que mas recomiendan los médicos para la conservación de la salud, y tienen magníficas ocasiones de estasiarse en la contemplación de las grandezas de la naturaleza, y de meditar, ya que no sobre el impuesto, sobre la pequeñez é insignificancia del hombre y lo deleznable de las vanidades humanas.

Veán VV. si el impuesto del 10 por 100 sobre los asientos de los viajeros,—y no ha faltado alguno que se haya extrañado de no hallar el impuesto puesto sobre el asiento que ocupaba,—es útil, y si la economía y la moral, y la modestia y hasta la salud pública, ganarán, no un 10, sino un 50 por 100.

Háganse muchas de estas mejoras, y ganaremos muchísimo mas...

Impóngase una contribucioncilla á los abonados del teatro Real, impóngase otra á los que tienen mas de una novia, á los maridos que se distraen,—aunque estos ya se la imponen ellos, y no floja,—á los autores de malas comedias, á las que se dicen viudas de brigadieres, coroneles é intendentes,—que parece que no ha habido en el mundo mas que intendentes, coroneles y brigadieres, á juzgar por el sinnúmero de viudas que han dejado,—á las mujeres que tienen mas de cuatro ó cinco vestidos, y, esto es muy importante, á los imponentes en las sociedades de crédito.

Impóngase contribucion á todo el mundo, y por todos los conceptos que puedan,—y aunque no puedan,—imaginarse,—que el dinero que nos llevan esas contribuciones, no lo podremos emplear en nada perjudicial, y así conoceremos el valor del dinero, y aprenderemos tambien á hacer nuestro negocio, que es á lo que todo fiel cristiano debe aspirar en este mundo.

Y basta por hoy,—que otro día tendré el gusto de esponer á la consideracion de VV. un sistema de contribuciones ó impuestos que estoy escribiendo, fruto de largas vigiliass y meditaciones, segun el cual seria tan difícil que al prójimo le quedase un cuarto en el bolsillo, como coger el cielo con las manos,—aunque muchos hay que lo cogen.

SABER VIVIR.

Decir de don Fulano que *sabe vivir*, no sé si es un elogio ó una severa censura de don Fulano.

Es don Fulano, por ejemplo, un hombre que sin servicios y con muchos menos méritos, logra empleos en todas las situaciones, con lo que la suya es muy desahogada, y tiene por divisa,—como si dijéramos por moña,—aquel sabido dicho vulgar: *Dame pan y dime tonto*.

Pues de este hombre se dice que *sabe vivir*.

Es don Zutano un hombre muy arregladito, que no gasta ni un ochavo mas de lo estrictamente preciso, que no presta á un amigo un duro, porque dice que perdería el amigo y el duro, y éste es lo que sentiría perder, que no se ha casado porque no le coma la mujer un lado, y temiendo la ingratitud de los hijos, que cuando vá al café ó al teatro procura, siempre que sea á costa del prójimo, y si no es así no vá, que busca, inquiere, averigua y brujulea dónde hay ropa hecha mejor y mas barata, y no se espone á coger una pulmonía por nada de este mundo, y por nadie es capaz de salir cuando hace calor, y tiene un amigo médico que le cure de balde si cae enfermo, que hace, si á mano viene, el amor á la patrona, y hasta le dá esperanzas, que es lo único de que se desprende, con el solo fin de que le ponga algun que otro principio extraordinario, y le eche algun que otro choricillo en el cocido, y le reserve el gabinetito empapelado que dá á la calle, y procure sacar del bolsillo de los otros huéspedes los intereses que pierde con tenerle á él en el susodicho gabinete que dá á la calle por menos de lo que pagan los otros huéspedes, que están en gabinetes que dan á un patio (estrecho), por donde no pasan mas que las criadas que bajan por agua al pozo, es decir, del pozo, y las que salen á las ventanas á tender las camisas de once varas, de mujer, y los pañales de los infantes, y los calzoncillos remendados de los señores y los señoritos, y las enaguas huecas y almidonadas de las señoras y las señoritas.

Pues tambien de don Zutano se dice que *sabe vivir*.

Don Mengano es un señor muy servicial, que le pide V. dinero y se lo dá,—al 50 por 100, eso sí,—pero otros hay que lo dan al 100 por 100, y otros que no lo dan ni por un ojo de la cara, que tiene muchísimos vicios en realidad, y todas las virtudes en apariencia, que dá todos los sábados veinte ochavos roñosos á veinte pobres, y se los dá públicamente para que todo el mundo lo vea y le admire, y al pobre que vá á pedirle una peseta para comer, no se la dá si no le deja en garantía del pago una prenda que valga por lo menos cinco pesetas, prenda con la que se queda probablemente, que pondera y encarece el cariño que profesa á su mujer, y allá en su casa hace pasar á la pobrecita una vida de perros, y la abruma á denuestos é injurias, y escatima el pan á los criados, si los tiene, y aun alguna vez intentó hacer el amor ¡y qué amor! á alguna viuda menesterosa de las que acuden á su *caridad* en demanda de una ó dos paguitas adelantadas, que es un hombre, en fin, nacido para abusar de los demás hombres, y para desesperar al de mas calma y temor de Dios, que tiene por norma constante aquel egoísta repugnante consejo: *Al prójimo contra una esquina*.

Pues don Mengano, en opinion del mundo, es un hombre que *sabe vivir*.

Es inútil presentar otros ejemplos de los hombres que *saben vivir*, para que el lector se persuada de que el que *sabe vivir* es un avaro, ó un egoísta, ó un adulator, un hombre que quiere á todo trance vivir mejor que los demás, aunque sea á costa de los demás, y con menoscabo de su propia dignidad.

El hombre que se está metido en su casa, y no adula al poderoso, y no intriga y mueve cielo y tierra para que le den un empleillo, y vive de su trabajo constante... ese no *sabe vivir*... es un hombre vulgar en quien apenas se repara, y su laboriosidad y su constancia no escitan la admiracion y lo-

gran el aplauso general el que no le mira con indiferencia, le mira con lástima, porque no *sabe vivir*.

El hombre generoso que se desvive por servir á sus amigos, por mas que siembre beneficios para recoger ingratitudes, que se duele de las desgracias del prójimo, y acude á su remedio, y de los favores que dispensa no hace ostentacion, sino que los calla como quien hace una cosa que no tiene mérito alguno, y que cualquiera es capaz de hacer, que se espone á todo género de incomodidades y molestias por el amigo ó el pariente, que le necesitan, que no desconfia de nadie, y cree que todos son como él, y no se persuade de lo contrario, por mas que le podrian aleccionar perfectísimamente los desengaños que recibe... ese no *sabe vivir*.

Es desconsolador que hayamos venido al extremo de dar la borla de doctor en la ciencia de la vida al mortal que no se emplea en provecho de sus semejantes ni en beneficio del país, y no tiene otra aspiracion que vivir bien, materialmente bien, con todas las comodidades y alimentos que le pide el cuerpo, y prescindiendo del alimento del alma, que es la caridad.

No puede negarse al egoísmo el privilegio de invencion de esa ciencia que se llama *saber vivir*, y que tan fácil y tan difícil es aprender, porque para *saber vivir* se necesita tener un carácter y unas ideas que para hacer justicia al mundo, hay que confesar que no todos los hombres tienen, porque si todos los hombres se echan á vivir, es decir, á *saber vivir*, de la manera que esta frase se entiende, seria cosa de no saber cómo vivir en el mundo, y los hombres se harian guerra sin tregua y mucho mas mortal de la que hoy se hacen, que tambien es preciso confesar que no es floja.

CURIOSA ESTADÍSTICA.

La otra noche, para dormirme, me entretenia en leer la descripcion de una nueva gran batalla que acababa de verificarse entre federales y confederados; y despues de haber leído durante un cuarto de hora las proezas alternativas de los confederados y los federales, me dormí efectivamente, no sin hacerme antes la siguiente reflexion:

—«Daria de buena gana tres años de la vida de uno de mis acreedores por averiguar cuántos verdaderos americanos quedan en aquellos ejércitos beligerantes, porque como todos los meses se matan treinta ó cuarenta mil, el número debe empezar á disminuir notabilísimamente.»

En el mismísimo momento, un caballero á quien no habia visto entrar en mi habitacion, me dijo:

—Puedo poner á V. al corriente de lo que desea saber: yo soy el genio de la estadística, y si V. quiere, iremos á hacer el censo de los dos ejércitos que continuamente se dan tan sangrientas batallas.

—Se lo agradeceré á V. mucho.

—Pues en marcha.

En menos de cinco minutos nos trasladamos á América. A una señal de mi amable guia, el ejército federal se dividió en grupos de quince á veinte mil hombres, formando cada grupo una nacionalidad.

El genio de la estadística fué preguntando grupo por grupo:

—¿De qué país son VV? preguntó al primero.

—Somos alemanes, y hemos venido aquí á buscar fortuna; cuando la guerra acabe, si hemos vencido, todos haremos nuestra suerte.

Pasamos á otro grupo.

—¿A qué país pertenecen VV?

—A la Suiza; todos los que estamos aquí hemos servido muchas veces al extranjero. Nos batimos con valor, y si triunfa la causa que defendemos, nos vamos á nuestros hogares á descansar ocho ó diez meses para dirigirnos luego á otra parte donde haya guerra.—Éste es un oficio como otro cualquiera.

Preguntamos á otros grupos.

Eran rusos, ó franceses, ó italianos, en fin, una verdadera torre de Babel.

Hicimos luego el exámen del ejército confederado, y hallamos exactamente lo mismo.

Muy extraño me pareció no hallar americanos, y acompañado de mi guia, penetré en las ciudades, á fin de continuar nuestro exámen.

En el Sur hallamos un americano, que nos recibió muy bien en su casa.

—¿Cómo no está V. en el ejército? le pregunté.

—¡Yo! me contestó, al principio, sí, señor, allí estuvimos muchos; pero hemos visto que era una tontería el mezclarnos en esa lucha sangrienta, y nos hemos vuelto á casita, dejando que se maten los que viven de la guerra.

Nos dirigimos al Norte.

Los habitantes estaban ocupados en sus faenas cotidianas: preguntamos á un americano, que nos contestó:

—¿Qué me importa á mí la guerra?... Ya pueden uno y otro ejército comerse uno á otro, y no dejar en el campo mas que los zapatos, siempre y cuando que aquí vivamos en paz.

—Entonces, dije á mi guia, la guerra de América vá á durar siglos.

—Es claro, me contestó; ¿qué habian de hacer si no los que tienen por oficio matarse?...

Y me desperté, porque todo lo que he referido fué un sueño.

Y lo raro es que solo así puede explicarse esa guerra perpétua.

(Del Charivari.)

EL ÁNGEL DE LA CARIDAD.

I.

Grande y bella es la mision del Angel de la Fé en el mundo. Habla á nuestras almas el lenguaje de la resignacion y el consuelo; nos recuerda constantemente el poder del Autor de la naturaleza; y nos consuela en las horas en que la duda nos desalienta, al mismo tiempo que la misma duda nos dá suficiente audacia para preguntar á Dios la causa de nuestro mal, ó para querer descubrir ó contradecir sus designios impenetrables. El Angel de la Fé nos dice en esos momentos que es preciso creer en Dios, y no dudar nunca de su misericordia y de su justicia. El Angel de la Fé combate y vence siempre al ángel maldito que nos aconseja la duda y el descreimiento.

Grande y bella es la mision del Angel de la Esperanza. Enjuga las lágrimas de los que lloran, sostiene á los que vacilan, levanta á los que caen, anima á los que se detienen, desalentados por lo trabajoso ó lo largo del camino. El Angel de la Esperanza habla á cada uno su lenguaje con una sola frase. El cielo y el amor de Dios para los que sufren con resignacion las penalidades del mundo.

Pero la mision del Angel de la Caridad es mas grande y mas bella.

El Angel de la Caridad deposita en nuestra alma una gota vertida del océano del amor divino; coloca en todos los pechos una fibra, que se estremece en presencia de los males del prójimo, y tiene fijos sus ojos en esa gota de amor y en esa fibra de compasion, atento á ver si el hombre deja que se evapore la una y endurezca la otra.

El Angel de la Caridad, cuando vé hacer un beneficio, no considera su importancia material, por decirlo así, ni la medida de los males que remediará: considera la intencion de quien dispensa el beneficio, y toma razon fielmente de toda buena accion hecha por amor de Dios y del prójimo; no por egoísmo ó por vanidad.

Constantemente tiene á su derecha dos libros abiertos.

En el uno, que es muy voluminoso, escribe todas las limosnas que hacemos los mortales, por insignificantes que sean: en el otro anota todos los actos de verdadera caridad. Porque la limosna y la caridad no son una misma cosa; de dos rios procedentes del mismo mar, uno descubre alguna vez el cieno que sube á la superficie de sus aguas, cuando el otro ostenta su corriente siempre límpida, siempre cristalina. Hay muchas limosnas que no inspira la Caridad, y hay verdaderas obras de caridad hechas por quien carece hasta de los medios de dar limosna.

II.

Era el primer día del año. En tanto que Madrid se dividia en dos campos distintos, el que dá y el que pide,—es preciso vivir muy solo en el mundo para permanecer neutral en esa época, para no for-

mar en uno u otro campo,—el Angel de la Caridad se cernía sobre una de las mas elegantes, modernas y elevadas casas de la coronada villa.

Esta casa tenía seis pisos. El primero, amueblado con un lujo suntuoso, era el templo en que reinaba una joven casada poco tiempo antes, dichosa; á lo menos al parecer, fiel observadora de los deberes religiosos y una de las estrellas en el cielo de la aristocracia y el gran mundo.

El segundo estaba constantemente animado por las vibraciones de la música y los ecos de las mas dulces y bien adecuadas voces, y por las conversaciones mas del buen tono y mas frivolas tambien.

Lo habitaban dos hermosas jóvenes, con su madre, señora viuda que poseía una holgada fortuna, bastante para satisfacer los caprichos y las exigencias de tres mujeres acostumbradas al lujo y á la sociedad.

En el tercero vivía un hombre de edad madura, empleado en la secretaría de un ministerio, y que además de su sueldo de 24,000 reales anuales, tenía alguna fortuna personal, que le permitía gozar una posición desahogada, y tan desahogada, como que en su vida había pensado en que el hombre ha nacido para la mujer, y la mujer para el hombre, y que todos debemos aspirar á los dulcísimos placeres de la familia.

En el cuarto, mas limpio que elegante, habitaba una joven bordadora que sostenía á su anciana abuela, con quien Dios la dejó sola en el mundo.

En el quinto se albergaban dos familias; dos jóvenes esposos con su hijo; un padre y su hija, niña de nueve años, que nunca había pronunciado el dulce nombre de madre.

El sexto, en fin, era el misero albergue de un pobre viejo, portero en otro tiempo de aquella casa, cuyo propietario lo había admitido sin retribución alguna como su mas elevado inquilino. Aquel infeliz hacia aun en servicio de los vecinos todo lo que podía, y las propinas que le daban, unidas á una pensión de sesenta reales mensuales con que le favorecía el gobierno por sus buenos servicios militares, bastaban á las escasas necesidades de Simón.

El Angel de la Caridad, como he dicho, tenía sus ojos fijos en aquella casa, espiando las escenas que iban á ocurrir aquel día; en su mano derecha tenía la pluma de oro que debía señalar en sus libros las limosnas y los actos de caridad que hicieran los vecinos de aquella casa.

ROMANCES POPULARES,

D. CARLOS FRONTAURA

X.

Madrid.

POR LA MAÑANA.

Cuando el farolillo apagan
esos monarcas gallegos
ó asturianos, que de noche
de la capital son dueños,
y á los que serenos llama
el ilustre Ayuntamiento,
aunque sean mas gallinas
que las de los gallineros,
cuando los hombres viciosos
que cambian el sueño en juego,
y pierden sueño y salud
sobre perder el dinero,
vuelven á casa mchinos,
si es que no vuelven en cueros,
que hay quien al prójimo quita
todo menos el pellejo,—
y á nadie faltan amigos
que le dejen sin el luego,—
cuando abren al fiel cristiano
de Dios agosto los templos,
y sale el sol,—si es que sale
y no se queda durmiendo,
que á veces, porque está acaso
por la noche de burco,
se parece en el descuido
y la pereza al gobierno,—
salen con sus campanillas
por esas calles corriendo
las burras, que llevan leche
á los vecinos enfermos.

III.

La marquesa del Laurel, que era un poco pere-zosa ordinariamente, se levantó aquel día muy de mañana.

Su primer cuidado fué abrir la ventana de su alcoba, y ver si hacia buen ó mal tiempo. La oscuridad, apenas disipada por los primeros reflejos de la aurora, le permitió, sin embargo, distinguir un cielo sin nubes y completamente secas las aceras de la calle.

—Tanto mejor, exclamó; el tiempo me favorece para el traje que llevaré hoy.

Y llamó á su doncella.
Vitoria, graciosa joven, que mas parecía una señorita que una doncella (¡cuidado con los equívocos!) llegó instantáneamente, y con una gravedad, que contrastaba con su habitual vivacidad, espresó á la marquesa los mas laudables sentimientos de adhesión y fidelidad.

La marquesa alargó media onza á su doncella, gozando muy mucho en la alegría que se manifestó en el semblante de Vitoria.

—Arrégrame el peinado, dijo la marquesa; mi marido ha salido ya; cuando vuelva á almorzar quiero estar vestida.

—Bien sé yo lo que ha ido á hacer el señor, dijo con cierta timidez la traviesa doncella, cogiendo las hermosas trenzas de su señora.

Esta se sonrió.
—Pues sabes mas que yo, contestó; porque á mí no me ha dicho una palabra.

—No quiero ser indiscreta, señora, porque al fin... el señor me lo ha dicho en confianza...

—Habla, ¿qué es ello?
—Ello es que el señor vá á sorprender á V. E. con un regalo...

—En verdad que admiro tu discreción, y me guardaré muy bien de ponerla á prueba.

—¡Oh! bien sabe Dios que sé guardar un secreto; pero como esta indiscreción mia no puede tener malas consecuencias... ¿Se acuerda V. E. de la platería de la calle del Carmen, donde hemos ido tantas veces?

—Sí, si me acuerdo... pero déjame; no quiero que me digas qué sorpresa es la que vá á darme mi marido; porque en ese caso no lo será... y yo me muerdo por las sorpresas de ese género...

Terminado el peinado de la aristócrata señora, Vitoria salió.

colocan en las esquinas
sus puestos los buñoleros,
y se abren los almacenes
de aguardiente y otros géneros,
porque es el rico aguardiente
lo que se toma primero
en Madrid por las criadas,
que no falta algun sugeto
que se lo pague, si acaso
no las convida el tendero,
por los que barren las calles,
por los valientes serenos,
y por otros individuos
del bello sexo ó del feo,
que con tomar una copa
de aguardiente y un buñuelo,
aliento dan al espíritu
y dulce calor al cuerpo...
No hay criada sin su novio
para que le lleve el cesto,
y de lo que compre y sise
le saque la cuenta luego,
sin perjuicio de tener
otro de otro regimiento,
para ir con él á recados,
por los chicos al colegio,
y á comprar durante el día
sedas, el pan, los fideos...
y otro paisano ó soldado,
—que probar de todo es bueno,—
que es vecino, y con quien puede
hablar por el patio luego,
y otro, que es cabo segundo
y acaso cabo primero,
que á Chamberí los domingos
la acompaña de paseo,
y otro que de ministrante
se revalida este invierno,
que en Capellanes muy terne
la obliga á mover el cuerpo,
y á café con su tostada,
espléndido por extremo,
la convida en el bufete,
para aprovechar el tiempo
en ponderar las angustias
del amor en que está ardiendo,
y acaso tiene por novio
además con gran misterio,
al señorito de casa,
que está estudiando derecho,
y ha prometido casarse,

Cinco minutos despues entró el marqués del Laurel, que de la manera más delicada puso en la bellísima mano de la marquesa una preciosa cajita de ébano, incrustada de plata.

La caja contenía un riquísimo brazalete de oro esmaltado, de una admirable ejecución, el mismo que la marquesa había visto pocas noches antes en casa de Samper y que no se había atrevido á comprar por lo excesivo de su precio.

—Mucho celebro que te agrade, dijo el marqués, queriendo evitar á su mujer hasta que le manifestara gratitud; y aun tengo que decirte otra cosa que te causará placer seguramente.

La joven alzó la mas dulce de sus miradas para interrogar á su esposo.

—Si, amiga mia; acabo de hablar en la calle á Emilia Mendoza, que venia á suplicarte que la acompañaras á la iglesia de... en la cual se celebra una novena á la Virgen; tiene el dulce encargo de pedir para los pobres durante la misa, y no quiere estar sola. Yo la he prometido que tú la acompañarás; tú me dirás, esposa mia, si he hecho bien ó mal.

—Has hecho bien; has interpretado fielmente mis sentimientos, esposo mio. Todo lo que sea hacer bien á los pobres, es mi mayor placer. El invierno se anuncia muy rigoroso, y nosotros, que no tenemos hambre ni frio, no debemos olvidar á los infelices que no viven como nosotros. ¡Dios quiera que les reunamos una cantidad considerable!

El lenguaje de la marquesa era el lenguaje de la caridad; pero su corazón le hablaba muy distinto lenguaje en aquel momento.

Este lenguaje íntimo, por decirlo así, que á nadie hubiera confiado sin ruborizarse, le aconsejaba que llevara á la iglesia su vestido mas rico y sus joyas mas brillantes para eclipsar la toilette de las demás, y especialmente la de su amiga Emilia; le aseguraba que todas las miradas se fijarian en ella, y que no habria caballero *comm'il faut* que dejara de acercarse á la bandeja y de dar á los pobres un napoleon, comprando de este modo una sonrisa y una mirada de la bellísima marquesa del Laurel.

No se crea por esto que no era una buena y honrada señora la marquesa del Laurel.

Tenia un solo defecto, un defecto que ha hecho mas víctimas entre las mujeres, que el egoísmo entre los hombres: la vanidad.

La marquesa vistió en menos de un cuarto de

lo que es mas fácil que hacerlo,
á despecho de sus tios
y de su hermano y su abuelo....

En la tienda la criada

cuenta con mucho gracejo

las manías de sus amos,

y que tiene mejor genio

el señor que la señora,

que es el diablo en alma y cuerpo,

que por él está en la casa,

aunque el salario no es bueno,

y la señora los sábados

quiere que le friegue el suelo,

y para ver dónde hay polvo

siempre está con el plumero,

y pasando por las sillas

y por las mesas el dedo,—

que no parece señora,

sino mujer de un barbero,—

y si hay apuros en casa,

ó el señor anda muy sério

con la señora, y almuerzan

cada cual en su aposento,

y ella gime y él se irrita,

y se vá solo á paseo,

lo cuenta con comentarios

y destigura los hechos,

y á los amos en berlina

los pone, sin ser cochero....

De la tienda á la plazuela

váse con el compañero,

y compra lo que le han dicho,

aunque compra siempre menos,

y el peso completar suele

en la carne, por ejemplo,

con que el carnicero, que es

conocido, por supuesto,

le dé la carne que pida

y de gratis luego un hueso,

y por dos cuartos le dá

su amigo el escarolero

la escarola que por cuatro

dá á los demás, y el provecho

es para la maritornes,

que si nó fuera por eso,

y por lo que economiza

para ella el dinero ageno,

con el salario pelado

no echaria jamás pelo.

(Se continuará.)

hora todas sus galas, todo lo mas rico de su guardaropa.

—Con mi capota de terciopelo blanco y el brazalete que me acabas de regalar, dijo a su esposo, queda terminado mi tocado. ¿Estoy bien, marido mio?...

—Estas encantadora, contestó el marqués, gozando grandemente en la alegría de su mujer.

—¿Cómo habia yo de escusarme de asistir a esa obra de piedad?... ¡Me han dicho que hay tantos pobres en este barrio!...

Mezclando así la preocupacion evidente por su tocado, y la idea aparente del objeto caritativo que se proponia, acabó de ataviarse la hermosa dama, y media hora despues, acompañada de su doncella, vestida tambien con toda la elegancia que su estado le permitia, entraba en su magnífica carretela, que la condujo a la iglesia de...

Allí la esperaba ya su amiga Emilia Mendoza.

Sentáronse ambas delante de la mesa, preparada al efecto. Emilia puso en la bandeja media onza de oro, y la marquesa del Laurel una.

He aquí cómo la vanidad es un vicio que a veces perjudica a quien lo tiene, y favorece a los que no lo pueden tener.

Como la marquesa se habia prometido, todas las miradas se fijaron en ella, mas que en su amiga, que estaba sencillamente vestida de negro. La bandeja se llenó de monedas de oro y plata, y la vanidad de la marquesa quedó completamente satisfecha.

Tres cuartos de hora duró la funcion, terminada la cual la marquesa y su amiga fueron a entregar al sacerdote rector de la iglesia la cantidad recogida para los pobres.

Era el rector un venerable anciano, en cuya frente brillaban la tranquilidad de su alma y la ternura de su corazon, dándole un aspecto verdaderamente respetable.

—Dios bendiga a VV., señoras, les dijo, y que el año comenzado por una buena accion tan meritoria, no tenga para VV. mas que horas prósperas y felices.

Estas sencillas y afectuosas palabras hicieron distinto efecto en las dos amigas.

En el rostro de Emilia se pintó una satisfaccion y una alegría, que no dejó de mortificar a la marquesa.

Esta se dijo a sí misma:—¿Es verdad que he comenzado el año haciendo una buena accion?... pero al separarse de su amiga volvió a recordar su triunfo, y cuando entró en su casa estaba plenamente convencida de haber hecho una verdadera obra de caridad.

(Se continuará.)

CASCABELES.

Hay en Aranjuez un fondista que por un almuerzo de doce cubiertos para doce diputados puso una cuenta de 15,000 rs., haciendo luego la heroicidad de rebajarla a 10,000 rs.

Este precio seria para dar mas consideracion a los diputados, que no han de comer al mismo precio que cualquier hijo de vecino.

En la Granja, otro fondista reclamó tres onzas diarias, de oro por supuesto, por alojar y dar de comer a cuatro individuos.

Otro señor, que ha estado dos dias en otra ó en la misma hospitalaria fonda con su criado, ha tenido que pagar setecientos reales.

En vista de estos antecedentes, es de creer que todos los que hubieran de ir a la Granja se trasladen otro año a San Petersburgo, y gastarán mucho menos dinero.

Me causa, ¡voto! vá al Cid!
lector amigo, gran pena
que se halle Sierra-Morena
tan cerca ya de Madrid.

Ha indicado un periódico la posibilidad de que los leones del circo del Principe Alfonso sean los mismos leones que estuvieron en el circo de Price, de donde desaparecieron los leones el mismo dia que aparecieron en aquel los leones.

Pudiera ser en efecto, pero nos parece que al público lo mismo le importa que sean unos mismos, ó distintos los leones, porque al fin, todos son leones.

Esto es lo que piensa EL CASCABEL, respecto de los gobiernos; todos son gobiernos, y a todos los gobiernos tiene muchísimo respeto, lo mismo que a los leones, y como no trata de introducirse en la jaula, le tienen completamente sin cuidado.

La diversion de las ascensiones en un globo, que al llegar a cierta altura, quedará sujeto, diversion que dicen que prepara la empresa de los Campos Eliseos, nos parece muy bonita para vista desde abajo.

Si la empresa paga bien a los que suban en el globo, puede que haya alguno que se atreva.

Decia el otro dia La Correspondencia:

«Por ir anteanoche un sugeto a un sitio donde no debiera entrar, le quitaron un bolsillo con 480 reales.»

Nosotros nos alegramos de lo que le ha pasado a ese sugeto, y quisieramos que a todos los sugetos que van a donde no se debiera entrar, les quitaran, si no el dinero, la camisa.

Por ejemplo, los que van al teatro Real; los que van a pretender empleos, los que van, sin necesidad, a lucirse en los sitios reales, los que entran a suscribirse a La Democracia, los que van a oír los discursos de los diputados, que maldita la cosa les importan; los que van de visita, cuando el marido no está en casa, los que entran de balde en los teatros, y otros muchos debieran hallar un escarmiento parecido al que ha encontrado ese mozo, a quien tan oportunamente limpiaron los 480 reales.

LOGOGRIFO.

En las seis letras que tengo
tengo lo que has de tener
con las personas decentes
para conducirte bien;
lo que de la Providencia
dice el que cristiano es;
un pescado muy sabroso,
y un licor que te hace arder;
lo que es para mí un ministro,
que nada pido me dé;
lo que mas que las verdades
quiere el barquero tener;
un moribundo; lo que hace
alguno cuando hay belén;
un soberano italiano,
dos palabras en francés;
y el todo en cualquier botica
lo hallas, y me alegraré,
si necesitas tomarlo,
de que te sienta muy bien.

Un periódico dice que el otro dia iba corriendo por el Prado una mula escapada, al parecer.

Creemos que el periodista que da esta noticia debió detener a la mula y preguntarle si iba o no escapada, y así hubiera evitado decir que iba escapada, al parecer.

Hay ciertas noticias que deben darse con seguridad completa y con la mayor precision en los detalles.

EL CASCABEL publicará una carta acerca de la Exposicion internacional que se celebra en Bayona.

Solucion del logogrifo y de la charadita del número anterior.

Puede que algun señorito,
cuando lo sepa se asombre,
pero es, lectores, el hombre
que mas me gusta el Gordito.

La sobrina de la señora de siempre.

Aquí vine, caballeros,
por un novio para mí,
y me encuentro con que aquí
¡ay, Dios! no hay tales carneros.

Bayona. La señora de siempre.

Ya están reimpresos los números 26 y 27 de EL CASCABEL, que se venden en la Administracion, como todos los que se reimprimen, a cuatro cuartos.

Dice un periódico que un señor, a quien no conocemos mas que para servirle, ha sido nombrado joven de lenguas de la embajada de Constantinopla.

Suponemos lo que será el destino para que ha sido nombrado, pero no sabiamos que hubiera destino ninguno con esa denominacion.

¿Y si el nombrado fuera viejo?...—Entonces se le llamaria ¡viejo de lenguas!...

Damos el parabien al joven de lenguas por este destino, y así Dios le conserve todas las lenguas que

tenga, y haga buen uso de ellas, que muchos hay que no teniendo mas que una, dan con ella mas que sentir al país que todos los jóvenes de lenguas juntos, con todas las lenguas colgando.

¿Qué sucedió dias pasados en la montaña rusa de los Campos Eliseos?

¿Es cierto que hubo alguna desgracia?

Hoy empezamos a publicar El Angel de la Caridad, lectura que los padres de familia recomendarán seguramente a sus hijos.

CHARADITA.

La primera y la segunda
puede el dinero llevarle;
que tercera y segunda encuentres
en la leche, es cosa fácil,
no en la leche que aquí venden,
que es agua, si no es vinagre;
primera, tercera y segunda
es una cosa agradable
porque es música, y la música
es idioma de los ángeles;
segunda y prima un poeta
que logró immortalizarse;
la primera solamente
se dice a los animales,
y con el todo se viste
un hombre muy respetable.

ANUNCIOS.

HISTORIAS TRISTES.

Por D. CARLOS FRONTAURA.

Un tomo, de impresion compacta y de mucha lectura, que contiene las siguientes leyendas:

El 13 de Enero.—Doña Maria de Alhama.—Emilia.—Hulkem.—La Palma bendita.—Las Animas.—Arria, etc., etc.

Se está terminando la impresion de este libro, que se regala a los antiguos suscritores de EL CASCABEL, que renovaron por tres ó mas meses su suscripcion en Mayo, en Junio y en el presente mes, y a los que están suscritos, ó se suscriban, por un año.

A los nuevos suscritores por seis meses, les cuesta un real, es decir, que pagarán 13 rs. por la suscripcion, si quieren el libro; y a los que solo se suscriban por tres meses, pagarán 8 rs. por la suscripcion, es decir, 2 rs. por el libro.

Precio para los no suscritores: 4 rs.

EL CASCABEL.

PRECIOS Y PUNTOS DE SUSCRICION.

6 rs. por trimestre, 12 por semestre y 24 por año en toda España cuesta la suscripcion de este periódico, que publica cinco números mensuales. Los suscritores de provincias pueden remitirlos en letras sobre correos ó sellos, cuando no puedan proporcionarse aquellas, a la Administracion, Jardines, 11.

En Valencia se suscribe en la calle de Caballeros, número 1, libreria de Carboneros.

En Gibraltar, casa de Don Samuel Benzaguen y casa de Don Enrique Hassan.

En el Estrasjero, 10 rs. por trimestre; en Ultramar, 40 rs. semestre.

En París se suscribe a EL CASCABEL en la casa de comision de Mr. Mergeliza, rue Hauteville, 34.—En Lisboa, en casa de Don Julian Rodriguez, plaza de Luis de Camoens, 46.—En la Habana, casa de los señores Charlan y Fernandez, y en Santiago de Cuba, en la redaccion de EL REDACTOR, y casa de Don Juan Perez Dubrull.

ALMANAQUE CÓMICO-PROFÉTICO DE EL CASCABEL.—Se vende a 2 rs. en la Administracion de este periódico.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Francisco Perezagua.

Imprenta de Manuel Minuesa,
calle de Jaurelo, núm. 19.